

Discurso de contestación al de Ingreso de Don Manuel Ocaña Jiménez en la Real Academia de Córdoba.

Por Rafael CASTEJON Y MARTINEZ DE ARIZALA

Señores Académicos: Las contestaciones académicas, como ésta para la que me habéis designado, que tienen mucho de frialdad reglamentaria, se caldean muchas veces con la amistad, el afecto o la vocación. He aquí mi caso con relación al hoy ilustrísimo señor don Manuel Ocaña Jiménez.

Le llevo veinte años de edad, pero han sido tantas las coincidencias y muchas más las devociones culturales, que en nuestras vidas ha habido un paralelismo vital que ya dura casi medio siglo.

Porque fui gran amigo de su padre y colaboramos juntos en algunas dedicaciones, porque conocí a este beneficiario desde niño y contribuí a guiar sus primeros pasos y sobre todo porque ambos tuvimos el mismo «hobby», como ahora se dice a la inglesa, es decir el mismo gusto o afición a las cuestiones arábicas de la Córdoba pasada, a través de las cuales hemos amado intensamente a nuestra patria chica.

Manuel Ocaña nació en Córdoba el 21 de febrero de 1914. Su padre, Don Manuel Ocaña del Pozo, había nacido en Baena, y por el apellido Pozo se entroncaba con familias muy conocidas, los Mantero del Pozo, entre los cuales hubo sacerdotes, alguno profesor en nuestro Seminario, y también tiene entronque con los Ríos, de tan esclarecida prosapia cordobesa. Su madre, doña María de los Angeles Jiménez Soto era cordobesa, pero sus progenitores fueron ambos montillanos, de donde les viene el parentesco con los Cobos Jiménez y otras familias montillanas.

En nota autobiográfica que conservará nuestra Academia en el archivo de sus componentes, Ocaña Jiménez proporciona más datos familiares, así como sus primeras letras y su ingreso en nuestra Escuela de Artes y Oficios, donde el Dibujo aprendido con don Rafael Bernier y la

Historia del Arte con don Vicente Orti, modelaron para siempre su formación cultural.

Porque una de las primeras aptitudes de Manuel Ocaña es su destreza magistral en el dibujo, por la cual le viene su principal dedicación profesional que tanto le ha servido en su destino de la gran empresa CENEMESA de nuestra capital, como en sus aplicaciones culturales y aplicaciones científicas, de que son testigo las revistas arabistas de España.

No debo perderme en disquisiciones generales sobre la aptitud para el Dibujo de los cordobeses de todos los tiempos. Las reliquias artísticas que nos han llegado de las grandes épocas de nuestra historia tanto de la romana y visigoda, como del gran apogeo árabe de Córdoba, lo testimonian de manera irrefutable. Hasta la escuela pictórica cordobesa, maestra en el dibujo y floja en el colorido, a comparanza análoga entre las pinturas florentina y veneciana y contrariamente a la sevillana, muestra esa constante que podríamos considerar racial. Recuerdo anecdóticamente que discutiendo un día con un célebre arqueólogo sobre las primeras restauraciones hechas en nuestra mezquita-catedral el siglo pasado, anteriores a las de Velázquez Bosco, y extrañándose de que en nuestra capital se pudiera dibujar y diseñar tan magistralmente en época que él consideraba gris y atrasada, tuve que recordarle la fundación de las escuelas de bellas artes en Córdoba, tanto por el Arzobispo Caballero Góngora a finales del siglo XVIII, como la de Romero Barros en el XIX, y las nutridas generaciones de pintores, plateros y otras muchas profesiones y oficios en los que constantemente ha descollado nuestra capital, y las cuales tienen por base fundamental el Dibujo. En esa serie secular de maestros está inscrito, por lo pronto, Manuel Ocaña.

Su otra gran dedicación en la historia del arte le llevó en su precoz juventud al estudio del arquitecto don Félix Hernández, y recaló en Medina Azahara en la decena del veinte, donde pronto se distinguió por sus trabajos en restauraciones cerámicas. Sabido es que entre otras muchas novedades, las excavaciones de Medina Azahara han dado un caudal inmenso a la historia de la cerámica en España. El estudio y clasificación de este inmenso caudal, lo han intentado excelentes investigadores y profesores, como el mismo Velázquez Bosco en su libro sobre las primeras excavaciones en Medina Azahara, y luego Gómez Moreno, Torres Balbás, Kuhnel, Lluviá, Ettinghausen, ahora mismo Pavón Maldonado, mi hija Rosario y otros muchos; pero quien se destacó en desbravar los montones de tiestos que en las puertas mismas de aquellas excavaciones se ofrecían llenos de tierra y escombros a la voracidad de los visitantes, y quien lim-

pió, clasificó, estableció módulos de clases de barros, de barnices, de engobes, de decoraciones y categoría en las piezas, y quien preparó, estudió y dibujó la masa cerámica califal, fue Manuel Ocaña. Su trabajo fue tan excelente, cuando todavía era un **tenager** como dicen los yanquis, que cuando conoció tal trabajo el conservador de la Alhambra granadina, se lo llevó para que hiciera análoga tarea con otros montones informes de cerámica que allá en los fosos de la fortaleza nazarita, esperaban una mano redentora que los sacara del anónimo y los situara en el plano científico de la investigación.

Esta etapa granadina fue decisiva para Manuel Ocaña. En la etapa del treinta había en Granada aquel magnífico grupo de intelectuales que formaban Torres Balbás, el arquitecto conservador de la Alhambra, el profesor de árabe de la Universidad inmarcesible García Gómez, el magnífico pintor Rodríguez Acosta en su carmen de ensueño, el dramático poeta en todos sus términos, García Lorca y otros análogos. Allí cayó el joven cordobés, en un ambiente, que a poca masa propicia que tuviera el ya recipiendario, y valga la palabreja, había de producir jugoso fruto.

Manuel Ocaña terminó el bachillerato en Granada, y se hubiera licenciado en semíticas, si no hubiera llegado el espantoso dragón de la guerra, de nuestra guerra civil del 36 al 39, que entre otros muchos desastres, propios de toda guerra, trastornó y perdió muchas vocaciones. Y Manuel Ocaña estuvo en la guerra, recorrió sus frentes, gozó y penó en los avatares patrios, y cuando llegó la paz era un hombrecito cara al destino que había de buscarse un porvenir. Medina Azahara estuvo cerrada a la investigación, por el trastorno guerrero, casi ocho años.

Pero, digamos con vulgar frase árabe, **kan maktub**, estaba escrito. El arabismo español, con todas sus facetas, había prendido en sus redes a Manuel Ocaña y las mariposas de su mente se habían de quemar en los irisados destellos de sus luminarias. Aquí, en Granada, en Madrid, en cuya Escuela de Estudios Arabes ingresó y desde entonces es becario por derecho propio, no cesó de perfeccionar su cultura general, sus conocimientos históricos, y su dominio cada vez más preciso de la lengua árabe, en la que ya hace años es un certero maestro, la base de cuyos conocimientos la cimentó García Gómez, lumbrero universal del arabismo español.

Porque no debemos olvidar que Manuel Ocaña es ante todo un autodidacta, pero con toda la magnífica audacia de los autodidactas españoles, solitario y erguido como un risco de nuestras montañas, sólido y fuerte como los ibéricos picos de nuestras independientes cordilleras. En el último

libro que ha publicado nuestro nuevo compañero, editado el año pasado por el Instituto Hispano-Arabe de Cultura y prologado por el profesor Pedro Chalmeta, éste insiste en el autodidactismo de Ocaña, y sin olvidar lo que todos debemos en la vida a nuestros antecesores de todo orden (el tema de la autoctonía está muy desacreditado, también en todos los órdenes), él se ha formado casi solo, como esas grandes rocas de la naturaleza que van adquiriendo formas y perfiles por la acción de los vientos, las aguas y los meteoros, hasta conseguir morfología realista.

Su perfeccionamiento propio en la lengua árabe lo ha conseguido plenamente al extremo de ser un verdadero profesor de dicha lengua, cuyos alumnos destacan inexcusablemente en las pruebas universitarias. Y dentro de ese profesorado, donde ha llegado a ser autoridad casi universal (también está muy desacreditado el **best the world**, lo mejor del mundo) ha sido en la epigrafía árabe, donde los mejores arabistas del mundo lo reconocen como autoridad suprema. Por eso ha podido decir el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en la presentación del libro de Ocaña **Repertorio de inscripciones árabes de Almería**, publicado en 1964, que Ocaña es el mejor epigrafista árabe de Europa.

Digamos, a propósito de publicaciones, que uniendo su profesión material de dibujante y proyectista, manipulador de matemáticas y cálculos, con la de arabista, publicó otro denso libro en 1946, también por el C.S.I.C., titulado **Tablas de conversión de datas islámicas a cristianas y viceversa**, que es hoy herramienta imprescindible para todos los historiadores que traten de conciliar el tiempo que medimos los cristianos desde el nacimiento de Jesús, con los 622 años transcurridos hasta que el profeta Mahoma realizó su célebre huida o hégira para interponer a sus presuntos asesinos los doscientos kilómetros que separan Medina de La Meca.

Dentro del epigrafismo o inscripciones lapidarias de lengua árabe, todavía tiene Ocaña mayor especialización y autoridad en las cúficas, aquellas letras que iniciadas en la ciudad de Kufa, en Irak, alcanzaron suprema categoría para que sirvieran exclusivamente en las escrituras coránicas y otros textos superiores, y de las que está llena nuestra gran mezquita y en en general nuestra historia califal, de cuyo alfabeto cúfico ha extraído Ocaña la historia, la evolución y la significación historiográfica de su desarrollo, todo lo cual le ha llevado a publicar un libro, antes evocado, bajo el título de **El cúfico hispano y su evolución**.

En este orden de trabajos, y en revistas o comunicaciones, Ocaña ha publicado las inscripciones de los capiteles de Medina Azahara, las de aquella mezquita, muy incompletas, las de nuestro Museo Arqueológico

y todas las que se vienen hallando tanto en nuestra capital y comarca, como en muchos otros lugares de donde vienen en consulta al maestro.

Ello nos ha llevado a descubrimientos históricos y anecdóticos sabrosos (y hablo en plural porque los resultados los hemos disfrutado los amigos en unión con él), como la lápida fundacional de la mezquita que hubo en la actual iglesia de San Lorenzo, dedicada por la madre de un príncipe omeya degollado por Almanzor en una conspiración, y la cual dio nombre a todo el barrio que entonces se llamó de Muniat al-Mogaira. O aquella otra hallada en Espejo, rota por la mitad, en la que parece se declara la utilidad pública de aquel magnífico manantial «El Borbollón», que ahora ha vuelto a abastecer la villa ducal y cesariana. O la de aquella portada de nuestra mezquita que entre el ataurique moderno que la decora, puso el restaurador el siguiente letrero en letras cúficas, que para el visitador ignorante parece del más puro sabor califal: «se restauró en tiempos del sultán Alfonso (entiéndase Alfonso XIII), hijo del sultán Alfonso (entiéndase Alfonso XII), siendo su visir (entiéndase ministro, entonces de Instrucción Pública) Faustino Rodríguez Sanbidru».

Pero basta de citas bibliográficas incompletas, y digamos en conclusión que la dedicación de toda una vida al tema arabista, ha producido en Ocaña los mejores frutos. Uno de ellos es el resumen de historia de nuestra mezquita sin par, que acabais de oír, hecho singularmente para averiguar quienes fueron los alarifes entre sapientes y misteriosos, que labraron el singular templo y las manos artesanas que lo construyeron, hasta ahora anónimas, pero cuyo anonimato persigue Ocaña con ánimo de desvelarlo.

Por lo pronto se intuye a lo largo de su trabajo que esos constructores anónimos hasta hoy, fueron cordobeses de la mejor estirpe, tal vez de lejana estirpe cristiana y bética, a quienes la situación política les obligó a vestirse de moros y usar la lengua y religión oficiales. Porque incluso a través de sus nombres arábigos se adivina el indigenato y por lo demás es bien sabido que grandes personajes de la época usaban dos nombres, el arábigo para salir a la calle y el latino para usarlo en casa. El Obispo Recemundo se llamaba Rabi ben Zaid, el pavón del Museo del Louvre ostenta por un lado la inscripción de «Salomonis Opus», y en otro costado «Obra de Abdelmelik el cristiano», y el mismo Omar ben Hafsun, el gran caudillo rebelde del Sur, émulo de Pelayo en Covadonga casi dos siglos más tarde, se bautizó con el nombre de Samuel, para recuperar después su nombre árabe.

La última conclusión del discurso de Ocaña es clarividente: los obre-

ros cristianos que trabajaron en la Mezquita y dejaron su firma humilde grabada en el mármol, y se llamaban Mubarak o Nasar, por ejemplo, eran el Benito o Víctor cristianos y para mejor identificar su estirpe adjuntaban algún signo o letra griega de índole religiosa cristiana. La conclusión es admirable. Y no dudemos que por este hilo saldrá el nombre de los constructores de la Mezquita, como tenemos el de los alarifes de Medina Azahara.

Y entretanto, recorriendo las etapas cronológicas de la mezquita, el planteamiento de los grandes problemas que plantea el grandioso monumento.

Por ejemplo, en el discutido problema de si subsiste en la mezquita árabe algún resto de la catedral de San Vicente anterior a la invasión musulmana, Ocaña dice terminantemente que Abderrahmán I «demolió todo el conjunto», en tanto que el maestro Gómez Moreno, en frase enrevesadamente teutona como diría Ortega Gasset, dice que aquí en Córdoba los estudiosos locales aún mantienen tal teoría en contra de la suya de que se aprovechó la fachada y otros elementos. Intrigante problema, del que subsisten los elementos, las columnas sobre todo, las de esa magnífica nave central de la primera mezquita, con soberbios fustes de mármol de Cabra tan querido por los constructores de la época visigoda, que en Córdoba tuvo su gran llamarada final, pero colocadas de otra manera y orientación, como corresponde a una edificación nueva.

Cuando habla del Alcázar, recuerda que ese mismo Abderrahmán I, de los treinta y dos años de su reinado sólo vivió en la capital los dos últimos de su vida, porque «fundó la Rusafa en la sierra cordobesa a poco de hacerse con el emirato», cuando en realidad, creemos nosotros, más que fundar, adaptó el antiguo palacio de los gobernadores visigodos, que el Ajbar Machmua llama Qala'a Todmir o castillo de Teodomiro, una milla al norte de la capital.

Cuando cita la muerte de este primer omeya, a los dos años de haber comenzado la mezquita que había de terminar su hijo Hixem, y muere apenas con cincuenta y siete años de edad seguramente de paludismo crónico, como han muerto tantos otros caudillos, nuestro mismo Gran Capitán, destrozados sus órganos por ese terrible azote de los campamentos militares, que sólo ha sido dominado en nuestros días.

Cuando plantea ese otro gran problema de la primera ampliación de la mezquita por Abderrahmán II, un medio siglo después de aquella construcción primera y se discute si ésta fue de nueve o de once naves, y se declara que fue Mohamed I, hijo del Ausat, el de enmedio, el que «ordenó

realizar todo el decorado de la parte ampliada, renovando el de la vieja», siendo así que el Bayán declara que el primero que hizo decorados en la mezquita fue este Mohamed, con lo cual se invalida la tesis de decorados en tiempos de Abderrahmán I, que hizo una mezquita austera semirreligiosa semimilitar, sin decoración alguna.

Y así, otros tantos problemas que la gran mezquita de Córdoba encierra, que son estímulo para los sabios y misterio para los ignorantes, que algunas veces lanzan criterios despectivos, que es el lenguaje de la ignorancia.

Pero Ocaña, que está entre los primeros, estudia e investiga el monumento sin par, y como de tantos otros problemas que planteó la civilización española del período árabe, nos trae luces y conocimientos que hacen admirar y amar, aún más, a propios y extraños cuanto de genio occidental hay en ese primer monumento cordobés, también uno de los primeros del mundo.

Ilustrísimo señor Don Manuel Ocaña Jiménez, por vuestro trabajo, por vuestra inteligencia, por vuestro amor a la tierra nativa, recibid la calurosa bienvenida de esta vieja Academia que hoy os acoge en su seno.

—★—

—★—

—★—